

El Periódico ilustrado.



Número 33.

DEL 19 AL 26 DE OCTUBRE DE 1865.

ADMINISTRACION Y REDACCION. CARRETAS, 8, 2.º
DESPACHO CENTRAL. CUATRO CALLES.



EL PERIÓDICO ILUSTRADO APARECERÁ CADA SEMANA.

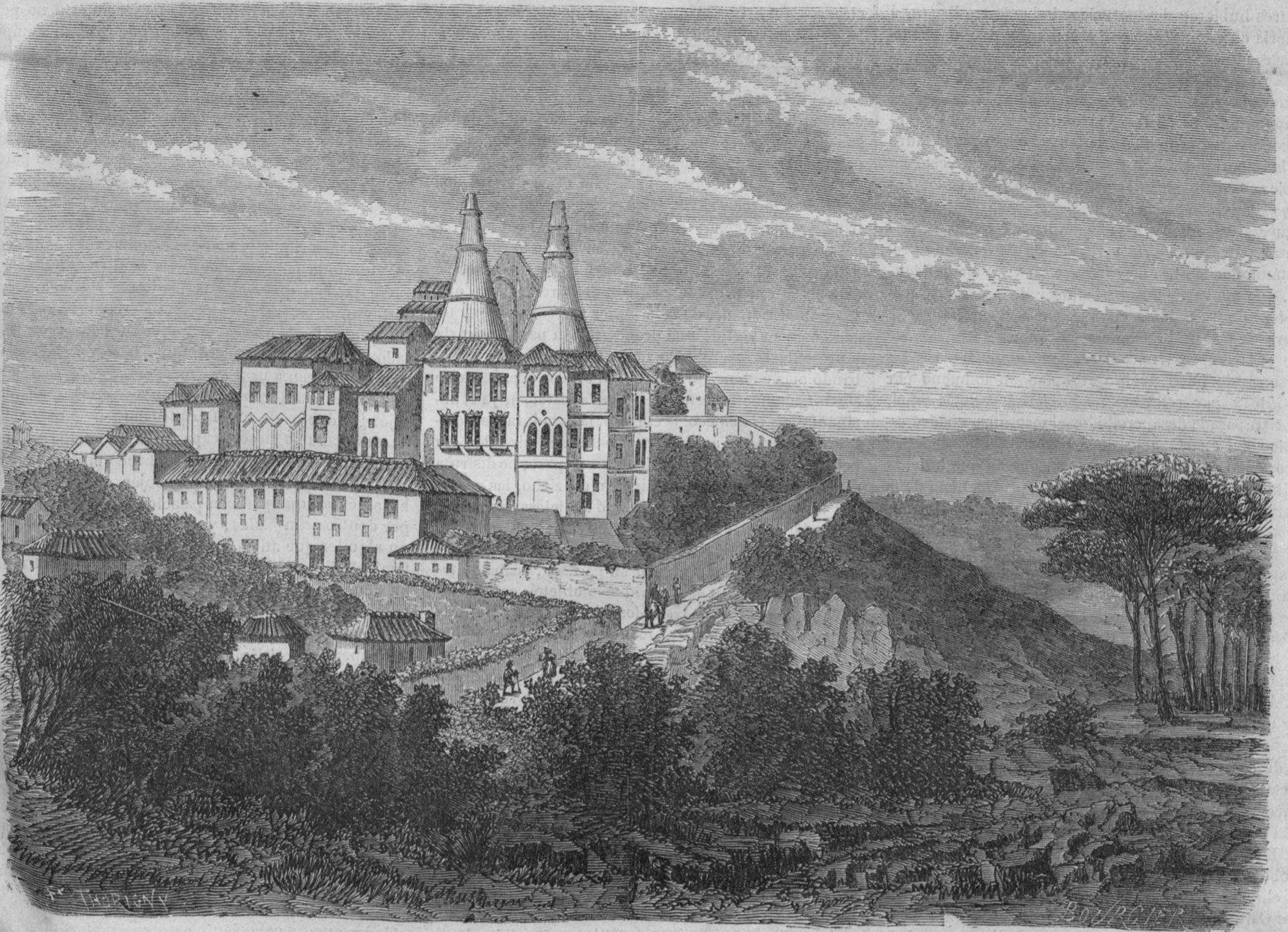
Precios de suscripcion.

UN NUMERO

| | | | |
|--------------------------|-----------------|----------------------------|------------------------|
| Madrid. . . | Un año 24 rs.— | Seis meses 12 rs. | } 4 cuartos en MADRID. |
| Provincias. Un año 28 »— | Seis meses 14 » | } 3 cuartos en PROVINCIAS. | |
| Ultramar. . . | Un año 80 »— | | |

SUMARIO.—*Revista de la semana*, por Palacio.—*Observaciones de una dama sobre la muerte del miriagué*, por F. C. del Riego Pica.—*Viajes*, por Belza.—*Las tres grullas*, por J. M. G.—*La Historia*, por Domenech.—*Castillo real de Cintra*, por Belza.—*Quimper*.—*Las trasformaciones de Paris*, por Belza.—*Labradoras del campo de Roma*.—*El general Cousin-Montauban*.—*Mourmelon el grande*.—*El amor y el interés*, por P. F. Reymundo.—*Los ladrones de antaño y los del día*, por Belza.

LÁMINAS: Quimper.—Castillo real de Cintra.—Labradoras del campo de Roma.—Nuevo Paris, orilla izquierda del Sena.—El general Cousin-Montauban.—Mourmelon el grande.



EL CASTILLO REAL DE CINTRA

REVISTA DE LA SEMANA.

Escribimos esta revista bajo la impresion dolorosa que nos han causado las desgracias producidas últimamente por la epidemia, algunas de las cuales han recaído en personas que nos eran muy queridas. Entre estas merecen especial mencion el simpático y aventajado artista Victor Manzano, y el distinguido y apreciable médico Valentin Mayorga. Jóvenes los dos de inteligencia y corazon, han bajado á la tumba llorados de cuantos les conocieron, y dejando en sus respectivas carreras un vacío que no se llenará tan fácilmente.

Los que estimábamos á Manzano no olvidaremos nunca sus cuadros de las últimas exposiciones, ni los bocetos de su estudio, ni la originalidad y el buen gusto de sus pensamientos; los que hemos visto á Mayorga velar al lado del enfermo y ser la Providencia del desgraciado, recordaremos siempre al filántropo y al hombre de ciencia. Sirvan estos sencillos elogios para su elogio fúnebre, ya que las circunstancias que atravesamos no nos dan ni la seguridad siquiera de que antes de terminarles dé con nosotros al traste un retortijon inoportuno, cosa que entre paréntesis, nos disgustaría bastante, aunque no fuera más que por el trabajo extraordinario que pudieramos dar á los gacetilleros.

No esperamos, sin embargo, que así suceda, pues nos mantenemos hasta la presente en muy buen estado de salud y de espíritu, y hasta nos permitimos ir á *La Africana*, y cenar á deshora en los Andaluces, cosas las dos que no están al alcance de todo el mundo.

¡*La Africana!* Tres noches llevamos de oír esta particion, y cada vez estamos más convencidos de su belleza; cada vez saboreamos con más deleite sus admirables melodías, sus caprichosos giros, y hasta sus encantadoras extravagancias, que extravagantes son siempre algunos momentos de inspiracion de los grandes genios, ora se llamen Shakespeare ó Mozart, Cervantes ó Victor Hugo.

No es á nuestro juicio *La Africana* la obra más completa de Meyerbeer; trozos hay en ella que estamos seguros hubieran desaparecido si el maestro llegara á ponerla en escena, como el bailable del final del cuarto acto, cuyo parecido con un coro de *Safo* no se justifica en un autor tan original; pero aparte de esto, la grandeza y majestad de ese mismo acto, la animacion y movimiento musical del primero, y la ternura y melancolía del quinto bastarian para conceder el lauro de la inmortalidad á un compositor, aunque este no hubiera escrito anteriormente *Roberto el diablo*, *Los Hugonotes* y *El Profeta*.

Fuerza es confesar que la empresa ha sido la primera en comprenderlo así, y lo ha demostrado presentándonos la obra con aparato tal y tal magnificencia, que no vacilamos en calificar de excesivos, tratándose de un público cuya mayoría no se halla á la altura de poder apreciar estos primores. Es probable que si la empresa no hubiera tenido amigos, y si las personas de buen gusto que aplauden lo bueno por instinto y por reflexion no hubiesen dado la señal, habrían pasado desapercibidos el magnífico cuadro escénico del cuarto acto, y la sorprendente y poética decoracion del quinto, ni más ni menos que hubiera podido suceder en el país en que la protagonista de la ópera vió la luz. Nosotros, en cambio, creeríamos faltar á un deber si no enviáramos nuestro parabien á los Sres. Harris, Ferry y demás que han contribuido á este resultado, dándonos al mismo tiempo que una alta idea de su mérito, una elocuente muestra de lo que debe ser el teatro Real.

Ahora, y pasando á la ejecucion, diremos con nuestra habitual franqueza, que los honores del éxito corresponden única y exclusivamente á la Sra. Rey Balla. Artista de corazon y de facultades, dotada de una voz que recorre todos los tonos de la pasion, y de una fisonomía tan simpática como expresiva, se hizo dueña desde el primer momento de la voluntad de los espectadores, deleitándolos ó estremeciéndolos á su placer.

El más aplaudido, despues de ella, fué el baritono Sr. Bonhéé, que en su difícil papel de Nelusko nos probó que es un cantante y actor consumado, si bien en el primer concepto se encuentra ya en la decadencia. Cantó, no obstante, con gran brio su cancion del tercer acto, y con notable afinacion y buen gusto la tierna romanza del cuarto, en que llora la pérdida de sus amores.

La señorita Luisa Martelli tiene una preciosa voz, pero nos pareció un poco fria, y falta de soltura y de decision en la escena. Lo mismo creemos del tenor, cuyo registro es muy desigual, sobre todo en las notas medias, si bien frasea con elegancia y dice muy bien el canto *spianato*.

En cuanto á los bajos, llenaron perfectamente su cometido, armonizando el conjunto, del cual, sin descender á detalles, puede asegurarse que es excelente, y tal como no se ha oido en Madrid hace mucho tiempo. Esto tiene su explicacion. Todos sabemos que los artistas eminentes, fuera de sus piezas de empeño, no suelen despegar los labios en la ópera, resultando siempre los concertantes descoloridos y faltos de vigor. En *La Africana* hemos visto con placer todo lo contrario. Podrán cantarse mejor las escenas sueltas, podrá tal ó cual aria tener doble precio dicha por esta ó aquella tiple, por tal ó cual tenor; pero no será tan nutrido el efecto del conjunto, ni se apreciará el resultado de las grandes masas de voz como lo apreciamos ahora. Esto demuestra que el arte tiene tambien sus compensaciones.

Para concluir, diremos que la orquesta es de primer orden, y está hábilmente dirigida, á pesar de que notamos en alguna ocasion que el Sr. Bonetti descuidaba á los músicos para atender á los cantantes, cosa que no nos extrañó, dada la inmensa dificultad de la ópera. Los partiquinos merecen tambien un aplauso.

Despues de esto, y de aconsejar á ustedes que se fumiguen y que no se alarmen, pues el cólera va ya como D. Ramon en invierno, de capa caída, me despido de ustedes hasta el jueves próximo, si Dios ó el diablo no disponen antes otra cosa.

M. DEL PALACIO.

OBSERVACIONES DE UNA DAMA

SOBRE LA MUERTE DEL MIRIÑAQUE.

El miriñaque ha muerto, amables lectoras; de hoy más no habrá en el guardarropa de ninguna dama elegante ese balumbo que tanto ha dado que hablar á los festivos gacetilleros, que tanto ha desesperado á los maridos, que tantas burlas, ya finas, ya picantes, ha hecho sufrir lo mismo á la mujer del pueblo que á la señora más encopetada; de algun tiempo á esta parte, como si la política con sus infinitas variaciones, con sus estensas miras, no diera pasto suficiente para ocupar toda la atencion, todo el talento, todas las facultades del escritor público que á esta clase de trabajos los dedica, ó mejor dicho, para buscar en un objeto frívolo y que debiera serle indiferente (si las más veces no lo pagara), con que solazar el ánimo harto empapado en esas luchas del pensamiento, los hombres se ocupan con una insistencia, con una predileccion que raya en el ridículo, de si la mujer introduce en su tocado ó en su vestido una prenda nueva para criticarla y presentarla por el lado feo, y ora las cocas, ora el bandó más ó menos pronunciado, ora los cuernos (que afortunadamente pertenecen ya á la historia), ya el miriñaque, ya el chaleco, la corbata, la cazadora ó el sombrero, les prestan ancho campo para esgrimir sobre esa bella y débil criatura, que dicho sea de paso, no disfruta otra libertad que la de vestir á su capricho, las acerdas armas de su critica picante ó maliciosa; pero aun hay más: en estos tiempos de ilustracion en que todo se discute y en que se forman congresos donde cada uno puede libremente emitir su parecer, acaba de tener lugar uno, con el humanitario objeto, con la salvadora idea de poner tasa á los adornos de la mujer... demos un voto de gracias á los autores del pensamiento, pero permitan esos señores que las damas propongan tambien una reforma, y nos declaremos en abierta guerra contra uno solo de los abusos que se permite el sexo fuerte.

No queremos hacer mencion de la caprichosa diosa á quien todos veneramos, y á que sin distincion, lo mismo el hombre sesudo que el frívolo cortesano rinden tributo; nos basta contemplar los efectos de su dominacion, que hacen que los que tanto declaman contra nuestras flaquezas, lleven el pelo partido en la frente como angelitos, que les sea licito sin esponerse al ridículo, sacar del bolsillo de su levita un primoroso abanico con que orear su rostro inundado de sudor y libertarse de los sofocantes rayos del sol con una amplia sombrilla; comprendemos que todo esto que sirve á la comodidad, no merece ser objeto de

burlas ó criticas, y más tolerantes que nuestros incansables adversarios, pasamos por alto ese rigor con que la consabida diosa les precisa á abandonar el flamante frac, que quizá no se han puesto media docena de veces, y que para ser abandonado no tiene otra razon que los caprichos de la moda, que antes prescribía fuesen sus faldones largos y estrechos y ahora exige sean cortos y anchos, ó vice versa; que ayer la levita debía cubrir la pantorrilla y hoy debe pasar solo media cuarta del talle; que el pantalon que antes era ancho se haga estrecho, y el sombrero que era alto sea mañana semejante á media calabaza; no queremos detenernos en esas extravagancias en que incurre la mujer por frivolidad, por coquetería, por lujo, y el hombre por necesidad, por costumbre, por bondad tal vez; pero dejando á un lado estas debilidades, que son comunes á los dos sexos, veamos si la manera de atacar el lujo es conveniente tal cual hoy se propone.

Sencillos en nuestras costumbres por instinto y por deber, siempre hemos visto en el desarrollo creciente de este vicio un gravísimo mal para las familias, pero no creemos que este consista en las telas, dijes ó cintas que son del uso de la mujer; para atacar al lujo de frente, ó mejor dicho, para que pueda la reforma ser productiva no es en la seda ni en los diamantes donde hay que combatirla porque el vicio está en nuestras costumbres, y son muchas las privaciones que los nuevos adeptos tendrían que imponerse; un elocuente y filósofo razonador nos ha dado no ha muchos años una idea del mal que hoy se quiere combatir, y en sus célebres *Cartas trascendentales* no hay duda que el señor Castro y Serrano, á pesar del tono festivo que en ellas emplea, ha puesto el dedo en la llaga y nos ha mostrado magistralmente donde está la causa que produce tan lamentables efectos; hay, sin embargo, algo de exajeracion en las mencionadas cartas y esto es un mal; cuando se pretende señalar un vicio es necesario no aumentarle ni disminuirle, porque el ridículo hace reír, pero no corrige; ó mejor dicho, apartándose de la verdad, no puede haber saludable enseñanza.

Esto es lo que va á suceder con la nueva secta de reformadores que ha comenzado por abolir el miriñaque, seguirá mañana desterrando la seda, y poco despues el oro y los brillantes; la mujer en esto no perderá nada; al contrario, creemos que ganará; siempre hemos profesado el principio de que esta debe brillar por sus virtudes y su sencillez, y por consecuencia la que sea bella, cuanto menos tenga que deber á los adornos, lucirá más: no somos de las que creen que la hermosura de la mujer está en la tienda; sabemos bien que la gracia, la modestia, la bondad, son patrimonio del alma, y que la que no posee alguna de estas dotes, en vano se afana por engalanarse; cuanto más cargada está de dijes, más hará resaltar su fealdad; cuantas más riquezas ficticias ostente, más pondrá de manifiesto la pobreza que desea ocultar. Así pues, si fuera posible que como la penitente Magdalena nos vistieran de esteras, siempre parecería hermosa la que es bella, y fea la que no es hermosa. Demos por sentado que las damas todas renuncian á las ricas telas, que no vuelven á usar en sus adornos piedras preciosas, que el oro queda abolido, ¿por esto se acabará el lujo? ¿El dueño de una finca les dará una habitacion decente para su clase y capaz para su familia, con la economía ó la moderacion que hace veinte años? No ciertamente. ¿Tiene acaso la mujer culpa de que se hagan casas que parecen palacios por fuera, aunque por dentro sean jaulas, y que se haga pagar por ellas un alquiler que antes bastaba para el sustento de una familia? ¿El artifice que emplea su tiempo y su trabajo en construir un brazaletes de similor, estimará ese tiempo y ese trabajo en menos que si en su confeccion empleara el rico metal? No ciertamente; la diferencia únicamente consistirá en el valor de la joya; es decir; que hoy se gastarán dos duros en una cosa que para nada servirá mañana, mientras ayer se empleaban cuarenta en otra que hoy podia venderse en treinta y ocho; la cuenta es la misma, pero la diferencia que resulta es mucha: cuando se puede emplear una fuerte suma en una alhaja, nada importan un par de duros más; cuando hace falta deshacerse de ella, suponen mucho. El mal no está aquí; el mal, como dice el Sr. Castro y Serrano, á quien volvemos á citar con gusto, está en que todos hemos cambiado los frenos y queremos parecer más de lo que somos; en que hoy una familia por modesta que sea, tiene infinitas necesidades que no conocian hace algunos años ni aun las personas que disfrutaban pingües rentas; en que innumerables objetos superfluos si se quiere, que antes

no era posible adquirir sin grandes sacrificios, están hoy al alcance de los menos acomodados, y como la tentación provoca, hoy una pequeñez, mañana otra, aumentan el presupuesto de los pequeños gastos, que son los que perjudican y los que afectan el bienestar de una familia: nadie, por poco calculador que sea, se atreve á emplear una fuerte suma sin echar cuentas y ver si le hará falta mañana; pero en una pequeñez nadie repara, y si se repiten esas faltas de reparos, puede ser muy posible que sean realmente irreparables. El orden, la perfecta nivelación de gastos y de ingresos, la moderación ó la virtud de vivir según sus facultades, hé aquí la reforma necesaria; lo demás, despues de ser irrealizable, es improductivo, porque no es justo: el poderoso debe vivir como tal; ¿qué sería de las artes y de la industria, si los que pueden fomentarlas y protegerlas les cerraran su bolsa bajo el pretesto de una modestia que pudiera trocarse en avaricia? ¿A que no han pensado los flamantes reformadores (que de seguro fumarán), en lo que gastan en humo? ¿Por qué no hacen el sacrificio del tabaco, que indudablemente importará más que lo que gastan sus mujeres al cabo del año en seda y terciopelo?... Pero el primer paso está dado; la muerte del miriñaque abre una nueva era de sencillez para el sexo bello y de pesar para el gacetillero, que no podrá lanzarnos sus anatemas. ¡La sociedad se ha salvado! ¡Murió el miriñaque!

FRANCISCA CARLOTA DEL RIEGO PICA.

VIAJES.

LOS PAPOUS, PUEBLOS DE LA NUEVA-GUINEA
(Oceanía.)

El menaje ó mobiliario del Papou es en extremo sencillo: se compone de vasos de nuez de coco, de canastillos tejidos con juncos y raíces, de tazas y platos de bambou, en los cuales conservan el tabaco, de estereras y almohadones de paja labrada, que les sirven para sentarse y para dormir, y de algunos pedazos de tronco de árboles, trabajados con esmero, y que hacen el oficio de sillas. La batería de cocina se compone de algunas ollas de barro, de sartenes de hierro, que el comercio hace llegar hasta aquellos sitios salvajes; de cucharas de madera, de las cuales se sirven para la preparacion de la fécula *sagou*, y de otras cucharas de nacar, ó formadas de conchas de distintas formas y tamaños.

El alimento de los Papous se compone principalmente de pescado y de *sagou*. Algunas veces comen también la carne de ciertos animales que se procuran con la caza; y finalmente, usando como ensalada los cogollos y hojas de plantas y raíces que ellos mismos cultivan.

La moda de fumar cigarros es general en todo el país; pero solo los jefes y los ancianos mascan el tabaco.

La propiedad del terreno no representa ni se haya basada entre los Papous sobre un principio fijo. Cada cual toma, donde le conviene, un pedazo de tierra, y en tanto que la cultiva es mirado como su legítimo poseedor. Si le conviene desmontar un pedazo de bosque, no tiene más que arrancar los árboles, dejarlos secar sobre el terreno, quemarlos despues, distribuir sus cenizas, beneficiando la tierra que quiere utilizar, y de este modo viene á ser legítimo propietario de aquel terreno, sin que nadie venga á disputarle su derecho. Aquel campo es rodeado de una especie de muro, que sirve de barrera á los animales dañinos, y su dueño lo destina al uso que mejor le parece.

Para la caza se sirven del arco y la flecha, y los animales de mayor magnitud, ó que por su ferocidad es necesario emplear con ellos otras precauciones, son cazados con lazos ó con trampas. Para la pesca se sirven tambien de flechas de tres puntas. Los Papous usan tambien un arma terrible en forma de tridente, que manejan con extraordinaria habilidad. En los lagos, en que el agua no tiene corriente ni movimiento, arrojan unos sacos llenos de plantas narcóticas, dotadas de la propiedad de adormecer los pescados, los cuales suben á la superficie, donde son cogidos con extraordinaria facilidad.

El sultan de Tidor ejerce su autoridad absoluta sobre los habitantes de Dorey y de todas las localidades vecinas. Para estudiar las razas no sometidas aun, y que apenas han tenido contacto con los pueblos civilizados, sería necesario penetrar más en el interior del país, sin lo cual no es fácil conocer ni poder apre-

ciar en su verdadero valor el carácter y las costumbres de los habitantes de la costa meridional de la Nueva-Guinea. Sin embargo, en lo que concierne al país llamado Dorey, podemos decir que cada villa está regida por un jefe superior, cuyo nombramiento emana del sultan de Tidor. Como investidura de su empleo, este jefe (*korano*) recibe un turbante que el sultan le envia, y todos los años tiene la obligación de remitir al Tesoro una cantidad determinada, especie de contribucion, pero no tiene la facultad de levantar impuestos, ni cosa parecida, que pueda en lo más mínimo incomodar ni perjudicar á los habitantes de la ciudad en que ejerce su autoridad. Las rentas del *korano* se reducen, por la misma razon, á dones voluntarios que son más ó ménos crecidos, según la posición ó la fortuna del que los hace. En la casa, el padre de familia es un señor absoluto, al cual se debe una obediencia ciega. La condicion de las mujeres no es muy envidiable ni lisonjera, porque esclavas de sus maridos, no solo se hallan encargadas de los trabajos domésticos, sino que tambien son las que cultivan la tierra, y tienen la obligación de atender á todas las labores del campo.

Quando se comete algun crimen, los más ancianos de la villa se constituyen en tribunal y sentencian sin apelacion el castigo que debe imponerse al culpable, según su código especial. Un asesinato se castiga con la pena de muerte, y es á los parientes de la víctima á quienes se encarga la ejecucion de la sentencia. Las heridas voluntarias son castigadas con una multa; el robo tambien con una multa, y la devolucion del objeto ú objetos robados. Estas multas varían en mayor ó menor escala, según las circunstancias más ó ménos agravantes del hecho punible que se trata de castigar.

Generalmente los Papous se casan muy jóvenes y los preliminares de una boda son los siguientes. El joven hace conocer sus proyectos á los parientes de la persona en quien ha fijado los ojos, y aquellos determinan el valor de la dote que debe entregar el novio, la cual por lo general consiste en esclavos y otros objetos. Despues de satisfecha la exigencia de los parientes de la novia, los futuros esposos, acompañados de sus padres, hermanos, etc., se dirigen y posternan ante la imágen del *Karican* (imágen de Dios), la mujer da al hombre un poco de tabaco, aquel tiende á la mujer su mano derecha, y la union queda formada para toda la vida.

Quando nace un niño, el hermano mayor del padre ó en su defecto los parientes mas cercanos, tienen un derecho sobre aquella criatura y á la muerte del hermano del padre este derecho se trasmite á la hermana mayor de la madre. El padre no se apresura á dar un nombre á su hijo porque más tarde, y según costumbre establecida, lo cambia por otro. Es muy raro que ninguno conserve toda su vida el nombre que usó en su juventud.

A la muerte de un hombre ó de una mujer, los parientes reclaman los huérfanos, y particularmente los que pertenecen al sexo femenino. No es sin embargo por amor ni por un motivo muy digno por lo que obran así, sino por interés, pues sabido es que cuando las muchachas se casan el novio es el que tiene que traer la dote, que pertenece siempre de derecho á los parientes de aquella.

Las enfermedades á las cuales los Papous se hallan mas espuestos y que mas víctimas producen, son principalmente las calenturas intermitentes, catarros y afecciones del pecho. Una gran parte de la poblacion se halla siempre atacada de una asquerosa lepra que se llama *ichthyosis*, y que indudablemente es producida por la poca limpieza y por la esclusiva alimentacion de pescados y anfibios. Los remedios á los cuales recurren se componen de decociones de ciertas plantas, frutas y raíces. Durante el frio de la fiebre espunen al enfermo, completamente desnudo, á los ardientes rayos de un sol tropical, y durante el periodo de la calentura le administran refrescos de toda especie. Quando la enfermedad ha sido declarada incurable, el desdichado enfermo es abandonado á su suerte y todo el mundo huye de él.

Los Papous son muy aficionados á bromas y fiestas, en las cuales se entregan al canto y al baile, por el cual tienen una particular predileccion.

Las ideas religiosas son tan oscuras como erróneas. Admiten la existencia de un ser superior, bondadoso y perfecto, y de otro ser malo, pero rinden principalmente culto á este último por el miedo que les inspira. Las imágenes á quienes rinden culto y que pertene-

cen á los dos sexos, son construidas de madera y las llaman *Karwar*. Cuando tienen algun favor ó consejo que pedir al *Karwar* se arrodillan delante de la imágen y la ofrecen presentes y regalos, que generalmente consisten en tabaco, pedazos de tela, granos de coral, etc.

Si durante esta operacion el fiel estornuda, tose, ó experimenta cualquier otra sensacion extraordinaria es una mala señal. Es prueba de que el dios permanece insensible á su suplica. Si nada de esto experimenta es una buena señal, y cree positivamente que su deseo se verá cumplido.

Entre los Papous no existen, como en otros países, esa casta de sacerdotes que ejercen sobre el pueblo fanatizado una influencia extraordinaria; sin embargo, tienen una especie de hechiceros que les sirven de intercesores para con los *Karwars*, y cuyos servicios se hacen pagar muy caros.

J. BELZA.

EL AMOR Y EL INTERÉS.

Romance.

El amor antiguamente,
Segun las crónicas viejas,
Estaba representado
Por un Cupido con flechas.

El amor de *in illo tempore*
Era amor por escelencia,
Amor lleno de ilusiones,
Constante, puro... sin mezcla.

Hoy día al amor lo pintan
Con una bolsa en la diestra,
Y un escudo cuyo centro
Tiene el *interés* por lema.

Con tales armas, no hay duda
Que triunfe por donde quiera,
Y soborne tantos pechos,
Y compre tantas conciencias.

Hoy el amor, sin rodeos,
En vez de certera flecha,
Suele billetes de Banco
Disparar con gran destreza.

Hoy es mortal enemigo
De afecciones y ternezas,
Y huye oliendo lo platónico,
Cual alma que el diablo lleva.

Tal conducta en Don Cupido
No es que digamos muy buena,
Y se conoce que el *nene*
De lo que fué no se acuerda.

Por eso las almas nobles
Ya dudan de su influencia,
Y en sus palabras no creen
Ni hacen caso de sus quejas.

Hé aquí sin duda la causa
Que á deponer le indujera
En vetusto guardarropa
Aljaba, careax y flechas.

Hé aquí por qué de un sopapo
Se arrancó la casta *venda*,
Y vióse en su desnudez,
Y tuvo vergüenza de ella.

Entonces quiso del mundo
Huir, mas no tuvo fuerzas;
Hasta que al fin las *costumbres*
Agotaron su paciencia.

Por eso de frac se viste
Y lleva bolsa en la diestra,
Y un escudo, cuyo centro
Tiene el *interés* por lema.

PEDRO F. REYMUNDO.

LA HISTORIA.

II.

Como hemos dicho en el artículo anterior (1), la historia no ha tenido siempre el mismo carácter, ni se ha presentado en todos los tiempos bajo la misma forma.

Escrita en mitos, geroglíficos, poemas, leyendas, tradiciones é imágenes de dioses, fué variando paulatinamente hasta que se convino en la forma narrativa, en la cual principiaron á escribirse las historias parciales, que se unieron luego en una, cuando apareció

(1) Véase el número 22.



LABRADORAS DEL CAMPO DE ROMA.

la brillante lumbrera del cristianismo, y sembró y esparció la idea de la hermandad general, del *nosotros* de Jesucristo, contra el *yo* absoluto que se conocía antes, avasallando cuanto encontraba al paso, y sacrificándolo todo en aras de aquel pronombre egoísta.

Beaufort puso la historia de los primeros tiempos de Roma en la clase de los *mithos*.

Creuzer y Garres descubrieron símbolos e ideas en las imágenes de los dioses y las historias que les atribuían.

Wolf comprendió que la única expresión de poesía inspirada de un pueblo que escribía su historia abandonando aquella y marchando hacia el terreno verdadero por donde había de seguir después, era la *Iliada*, pudiéndose considerar esta como la historia de un pueblo.

Niebuhr describió el significado de la lucha titánica entre patricios y plebeyos, que, como todos los hechos de importancia, ofrece una gran enseñanza para el porvenir.

Gans y Montesquieu demostraron la última relación del derecho con las costumbres.

Y todos estos, y otros muchos que pudieramos citar, fueron entresacando fragmentos, ideas y conocimientos, y formaron las historias en la forma en que se ven hoy, cuyo trabajo completó Bossuet con su célebre *Discurso*.

Kant promovió entre los alemanes la afición a la historia, y al intentar hacer una general, se dividieron en pareceres sobre el origen y objeto del mundo y la sociedad, y cada uno manifestó lo que opinaba sobre tan trascendental asunto.

Turgot cree que, á medida que los animales y las plantas se reproducen invariablemente con suma uniformidad, el hombre ha ido mejorando en posición y dignidad, viniendo luego el cristianismo á completar aquella obra.

Heider considera á todos los seres de la creación como una inmensa gradación desde la planta más insignificante y el reptil más imperceptible, hasta el hombre. La naturaleza, según él, obra en todo y sobre todo, y el clima ejerce su poderío en el carácter y temperamento de los seres de cada país, influyendo este en la cultura de aquel, y hasta en su libertad, sus leyes, su poderío, su desarrollo y su vitalidad.

Boulanger opina que la sociedad se ha formado por dominaciones sucesivas de los dioses, los héroes y las repúblicas; la teocracia luego, después las monarquías templadas, y, por fin, el progreso.

Condorcet no vé en el mundo más progreso que los frutos de la revolución, no desconociendo la marcha progresiva de la humanidad, aunque considerada como un ser único, pero atribuyendo el objeto del perfeccionamiento del hombre y de la sociedad, al bienestar individual.

Demaitre y Ballanche opinan que el mundo es el punto en donde todo debe ser sacrificado en espion del mal que causa la libertad del hombre, y en donde se desenvuelven los dos dogmas de la caída y la rehabilitación.

Lessing y Daunier creen que todas las religiones fueron rebelaciones sucesivas encaminadas á formar luego una religión absoluta, juzgando que todo debe dirigirse hacia el trabajo proporcionado á la inteligencia de cada uno, existiendo ó debiendo existir un premio en armonía con aquel.

Hegel dice, que la religión es un impulso del sentimiento, una antorcha de la imaginación, el resultado completo de todas las facultades del género humano, resultando de aquí el bienestar de la sociedad.

Michelet y Schelling ven en la tierra una lucha incesante de la libertad contra el fatalismo.

Y de este modo, incitados por Kant todos los pensadores, cada uno aduce sus observaciones; se discute, se observa, se investiga, se estudia, y se forma la base para las apreciaciones y la unidad necesaria en toda historia general y universal.

De este modo se han ido recopilando todas las especies vertidas sobre los tiempos remotos de la fábula, y se han ido entresacando de los *mithos*, leyendas, poemas y geroglíficos, cuanto se ha creído útil al esclarecimiento de la verdad.

De este modo, en fin, la historia, nacida del deseo innato en el hombre de conocer los hechos de los demás, se hace un arte, después se constituye en una lección de experiencia, más tarde en un reto para el estudio y la observación, convirtiéndose al fin, como se la considera hoy, y es así en efecto, la ciencia más eficaz, necesaria y conveniente.

Con el relato de los sucesos acaecidos, causas que los promovieron y resultados que produjeron, nos enseña en el presente y nos previene para el porvenir.

El hombre no está, como algunos creen, abandonado por Dios sobre la tierra á impulso de su instinto ó su destino. Cual se han señalado diques al mar, órbitas á los planetas, velocidad en sus movimientos, y orden general en todo lo creado, el hombre cumple también con esa ley, y recorre una orbitada con una velocidad marcada también por el Supremo Hacedor.

Así, pues, como el observador descubre en la inmensidad de los cielos la fuerza que remueve el fondo de los mares para producir el flujo y reflujo, la historia nos ha enseñado el camino, la velocidad y el movimiento que la humanidad ha seguido desde su creación, para indicarnos cuál podrá ser aproximadamente el porvenir, y en su vista que nos prevengamos en favor ó en contra de tal ó cual accidente.

En cuanto á la naturaleza de la historia, no vale que sea verdadera; es preciso que sea también moral y bella. La erudición no ha de perjudicar á la soltura de la expresión; ha de ser ingenua é imparcial; ha de abarcar el conjunto sin descuidar los pormenores; agrupar los sucesos sin confundirlos; unir la variedad de la vida al interés metafísico, y hacerla, en fin, concisa, magestuosa, sencilla, crítica y sagaz.

En el historiador ha de haber, como dice César Cantú, «erudición para ver, exactitud para comprobar, discernimiento para elegir, método para disponer, imaginación para pintar, justicia para fallar, buen ojo para no desvanecerse con el esplendor del triunfo, profundo sentimiento de lo verdadero, á fin de que aun cuando llegue á engañarse, se conozca no ser culpa de su corazón y sí de su entendimiento....»

«Grave sin ser frío, constante en sus investigaciones, igual en su estilo, sin que manifieste mucha impaciencia por adelantar, ni la ligereza que induce á acometer inconsideradamente un gran trabajo, á seguirle con descuido y á terminarle con disgusto.»

Por último, la historia universal puede escribirse por el método *ethnográfico* ó *syncrónico*. El primero presenta aisladamente cada nación ó pueblo, y el segundo refiere á la vez los acontecimientos de todos, según el orden de los tiempos.

Si es la historia de un solo individuo se llama *biografía*; si es del pueblo elegido por Dios, se llama *sagrada*; *eclesiástica*, si concierne solo á la Iglesia; *anecdótica*, si no se refiere más que á hechos aislados; *literaria*, *artística* ó *científica*, si sigue los adelantos del saber y la industria humana; *memoria*, si es de un corto período de tiempo y se refiere solo á una persona ó sociedad de la que se da cuenta en aquella; *crónica*, si es la relación de hechos sin guardar orden ni trabazon alguna; *anales*, cuando la crónica se ordena por años, períodos ó materias; *tradiciones* ó *mithos*, si son los fragmentos de la historia primitiva conservados por los pueblos, y por fin, los *monumentos*, que son una historia también, y que han servido en todo tiempo para dar conocimiento de hechos notables que se han escrito en piedra, bronce, oro ó mármol para ser trasladados luego en forma literaria á la historia escrita, á la historia general ó universal.

ENRIQUE DOMENECH.

CASTILLO REAL DE CINTRA.

Cintra es un pueblecillo de 2.500 habitantes, perteneciente á la Estremadura portuguesa, y que debe únicamente su celebridad á su castillo gótico. Este magnífico monumento es el Escorial de la Lusitania, y no ha habido desde su fundación ninguno de los sucesores de Enrique de Borgoña que no haya añadido alguna página á ese magnífico libro de piedra y de mármol, en el cual se halla reasumida y simbolizada la historia de Portugal.

Independientemente de los tesoros y magnificencias artísticas que en su interior encierra, el castillo de Cintra ha jugado en dos épocas distintas un papel muy importante en las revoluciones portuguesas. En el siglo xvii sirvió de prisión al rey D. Alfonso VI, segundo príncipe de la casa de Braganza y más tarde, el 22 de agosto de 1808, el duque de Wellington, el general Junot y el duque de Abrantes firmaron en él el tratado que puso fin á la ocupación de Portugal por los ejércitos franceses.

Un nuevo recuerdo bastante doloroso va también unido á esta antigua residencia. El joven soberano, á quien la muerte repentina de su hermano Pedro V

elevó al trono de Portugal, y que hace algunos días, aunque de paso, ha visitado varias provincias de España, quiso, antes de ocupar el trono, pasar algunos días de recogimiento en el castillo de Cintra. Los terribles golpes que consecutivamente recibió su corazón, perdiendo en muy pocos días á sus dos amadísimos hermanos, debieron dejar en su espíritu una profunda huella.

Las maravillas del castillo de Cintra son debidas principalmente á los reyes Juan I, apellidado el Grande (1385-1433), y Manuel, el Afortunado (1495-1521). La sala de las Urracas y la de los Cisnes, que son una verdadera maravilla, pertenecen al reinado de Juan, así como muchísimas galerías donde se admiran aun las pinturas de los más célebres artistas de su tiempo, tanto nacionales como extranjeros. Se cuenta como cosa cierta, que muchos de los cortesanos de aquella época, no habiendo podido conservar el secreto sobre las empresas amorosas del monarca, Juan I los comparó á las urracas, é hizo pintar un gran número de ellas en la sala que después ha conservado su nombre.

El rey Manuel, decidido protector de las artes, se rodeó en su época de los pintores y arquitectos más famosos, consiguiendo la completa restauración del castillo de Cintra.

Este ilustrado príncipe concibió un proyecto, cuya sola ejecución bastaría para ilustrar su nombre. Hizo construir un templo á la gloria nacional, un santuario á la patria. Mandó registrar escrupulosamente, según dice una antigua crónica, todas las sepulturas del reino para recoger las armas, las insignias y los epitafios, que colocó después con cuidadoso esmero en una magnífica sala del real castillo. En el techo de esta sala se hallan suspendidas las armas del rey y de los príncipes de su familia, y en los muros de aquella inmensa galería brillan los escudos y las divisas de todos aquellos esforzados y valientes caballeros que arrancaron el Portugal á los musulmanes, fundando una monarquía floreciente.

En nuestra época, y durante el reinado de doña María, el rey, su esposo, que fué después dos veces regente, añadió algunas nuevas construcciones al castillo; pero estos importantes trabajos fueron dirigidos por el general Eschwege, y desgraciadamente no pudieron evitarse algunos disparates que se cometieron. La dificultad de reunir las modernas construcciones á las antiguas, sin mezclar los estilos y confundir la armonía arquitectónica, no pudo ser vencida, como era de desear. Sin embargo, el conjunto del monumento no presenta menos por esto un carácter grandioso, y al penetrar en su interior no puede uno menos de abandonarse al sentimiento de la admiración.

J. BELZA.

LAS TRES GRULLAS.

(Cuento.)

Un soldado había ganado un poco de dinero á fuerza de trabajo y economía: nunca iba á la taberna, pero se juntaba con malas compañías que se fingían sus amigos, á fin de robarle el dinero. Un día le dijeron: «Escucha, amigo, ¿á qué fin estar más tiempo encerrados como prisioneros en este pueblo? Si probásemos fortuna, tal vez nos haríamos ricos, sobre todo tú, que tienes talento.» Le engañaron de modo, que se decidió á desertar con ellos. Al aconsejarle así, tenían el designio de quitarle el dinero. Después de haber caminado algún tiempo, acordaron que era menester tomar el camino á la derecha, para llegar á la frontera.—No quiero, dijo el soldado, eso sería volver al pueblo; es menester que tomemos el de la izquierda.—¿Cómo! ¿te atreves á contradecirnos?—Al mismo tiempo se echan sobre él, le apalean, le tiran al suelo y le roban el dinero; y no contentos, le dejan casi ciego, hiriéndole en los ojos. Le llevan á un madero inmediato, le atan á él, y vuelven al pueblo provistos con el dinero que acaban de robarle. El pobre ciego, á quien no ataron bien, ignoraba el sitio en que le dejaron, y después de muchas averiguaciones, resultó estar atado á una viga de madera, que él pensó ser una cruz.—¿Qué dicha para mí que estos pillos hayan acordado atarme á la cruz! Ciertamente Dios ha venido en mi auxilio.—Y se puso á dirigir al cielo fervientes súplicas. Al acercarse la noche, oyó ruido á su inmediación: eran tres grullas que, volando, vinieron á fijarse sobre el madero. Escuchó su discurso

con atencion.—Hermanas, dijo la primera; ¿qué nuevas nos traeis? ¡Así los hombres supiesen lo que nosotras! La hija del rey está enferma, y el rey padre la ha prometido al que la cure; pero nadie puede curarla si no quema el sapo que está en el estanque vecino, para darla á beber sus cenizas.—En seguida dijo la otra:—¡Ah! Si los hombres supiesen lo que nosotras! Esta noche va á caer un rocío tan maravilloso y tan saludable, que el ciego que se lave los ojos con él, recobrará la vista al instante.—En fin, la tercera dijo:—¡Ah! Si los hombres supiesen lo que nosotras! El sapo no puede ser útil más que á un individuo, y el rocío á pocas personas; pero hay en el pueblo una gran sequía: todos los pozos se han agotado, y nadie sabe que para obtener un agua hermosa y clara, basta levantar la losa cuadrada que está en la plaza pública, y ahondar la tierra en aquel sitio.—Después de haberse hecho estas confianzas, echaron á volar. El soldado, que poco á poco se había ido soltando, se baja, recoge algunas yerbas, y se lava los ojos con el rocío que acababa de caer; al momento recobra la vista, y percibe la luna y las estrellas, pero al mismo tiempo observa que se halla debajo de un leño. Deja este sitio para coger la mayor cantidad posible del precioso rocío: en seguida va al estanque, hace un hoyo profundo, para agotar el agua y buscar más fácilmente el sapo que debe reducir á cenizas; después de quemar el reptil juntó con cuidado sus cenizas maravillosas y se fué á palacio á curar la hija del rey. Cuando estuvo curada pidió casarse con ella, conforme se había prometido públicamente. El rey, incomodado de tener que casar su hija con un hombre de condicion baja, le dijo: «que el que quisiese ser su yerno tenia que suministrar agua á la ciudad,» esperando desembarazarse así de la promesa. Pero el soldado mandó levantar la piedra cuadrada que había en la plaza del mercado, y ahondar la tierra, diciendo «que estaba seguro de encontrar agua.» En efecto; en cuanto comenzaron á ahondar, se vió saltar un manantial soberbio. Entonces el rey no pudo negar al soldado el que se casase con la princesa, que fué feliz con él. Poco tiempo después, paseándose por el campo, encontró á los camaradas que le habían maltratado, y sin ser reconocido por ellos, les habla y les dice: «Yo soy vuestro antiguo camarada, á quien arrancásteis los ojos de un modo tan infame; pero Dios ha permitido que este fuese el origen de mi felicidad.» Entonces se arrojaron á los piés del príncipe pidiéndole perdón. Era generoso, y les perdonó, los llevó consigo, y les dió comida y vestidos; contándoles en seguida sus aventuras, y lo que le había proporcionado ser yerno del rey.

Los dos camaradas se propusieron pasar igualmente una noche en el madero con la esperanza de ser felices, y no descansaban interin no verificaban su proyecto. Habiendo ido al madero, no tardaron en oír á las grullas revoloteando sobre su cabeza, una de ellas dijo á las demás: escuchad hermanas; es preciso que alguno haya oído nuestras conversaciones porque la hija del rey ha sanado, el sapo ha desaparecido del estanque, un ciego ha recobrado la vista, y han abierto un pozo nuevo en la ciudad; vamos á buscar al curioso y puede que le encontremos.

Entonces volaron hacia abajo, y encontraron dos hombres que no tuvieron lugar de escaparse. Se precipitaron sobre ellos, les arrancaron los ojos á picotazos, y no cesaron de acribillarlos hasta que estuvieron muertos. Sus cadáveres quedaron debajo de los árboles. Algunos días después el príncipe viendo que no volvían los hizo buscar, y no se encontraron más que huesos cerca del madero, los cuales fueron enterrados religiosamente.

J. M. G.

LAS TRASFORMACIONES DE PARIS.

Fuente de San Miguel.

El que, transcurrido algun tiempo y después de haber visitado á París, vuelva á pasar en él una temporada, es positivo que apenas lo reconocerá. Barrios enteros han desaparecido por completo, otros han surgido materialmente de las entrañas de la tierra ó se han improvisado de una manera tan extraordinaria, que su sola vista recuerda á la imaginación los encantados palacios de Aladín y los cuentos de las *Mil y una noches*. Nada más pintoresco, nada más interesante, que recorrer hoy la capital del vecino imperio, comparan-

do el pasado con el presente y tomando nota de lo que fué y de lo que es.

Hoy fijaremos nuestra atención sobre la orilla izquierda del río, sobre ese estenso y majestuoso *boulevard*, que parte del Sena para desembocar en el Observatorio.

En aquel sitio había antiguamente una plaza que en 1789 era el punto de reunión de los reclutadores de provincia, que acudían á ella con objeto de completar el personal de sus regimientos. Esta plaza fué el teatro de una triste y sangrienta lucha en la tarde del viernes 23 de junio de 1848, y el cañon empezó aquel día la obra de demolición, que más tarde acabó el martillo y la piqueta.

En el día, y empezando desde esta plaza y á derecha é izquierda, se han construido dos filas de casas monumentales, y á la entrada del *boulevard* se dibuja á lo lejos la nueva fuente de San Miguel. Esta fuente empezó á construirse en el mes de junio de 1858 y fué inaugurada en 15 de agosto de 1860. El arquitecto encargado de la obra lo fué Mr. Davioud.

Es un magnífico monumento que honra sobremedida á todos los artistas que en él han tomado parte, y cuya descripción minuciosa no nos permitimos hacer porque sería demasiado prolija y desprovista de interés para nuestros suscritores, contentándonos con ofrecerles el magnífico grabado que representa en su centro la citada fuente y á derecha é izquierda las preciosas construcciones modernas del *boulevard de Sebastopol*, del nuevo puente de San Miguel, avenida del Senado y muelle de los Grandes Agustinos.

LOS LADRONES DE ANTAÑO Y LOS DE OGAÑO.

Diodoro de Sicilia refiere en una de sus obras, que Actisano, rey de Egipto, hizo buscar y prender en cierta ocasion á todos los ladrones de su reino, á los cuales, y después de haber oído referir á cada uno en particular sus hazañas y proezas, mandó que se les cortase la punta de la nariz. Naturalmente su orden fué ejecutada al pié de la letra, y no quedó un ladrón sin *desnarigar* en cien leguas á la redonda; así que, todos ellos llevaban á la vista la marca infamante de su profesion. Inspirados tal vez por la misma idea los norte-americanos, es decir, las autoridades de policía de los Estados-Unidos, han formado, en una casa preparada al intento, una estensa galería fotográfica en que aparecen de gran tamaño los retratos de todos los ladrones de la república, la cual visitan amenudo las gentes honradas de la población, con objeto de conocer perfectamente una parte tan interesante de la sociedad.

Prescindiendo por ahora de la consideración de penalidad y de si Actisano se mostraba ó no justo *desnarigando* á los ladrones de su reino, y finalmente, si las autoridades de Nueva-York traspasan ó no los límites de su legítima autoridad, estampando sobre los muros de una galería fotográfica ese terrible anuncio de proscripción contra una clase de ciudadanos, que, según la Constitución de su país están exentos, aun sorprendidos en el acto de cometer el delito, de toda *pena infamante*, es preciso reconocer que de cualquier manera que sea su estudio de la humana fisonomía y de la ciencia moral en esta exposición de retratos, no carece de interés y de originalidad. Afortunadamente nosotros podemos asegurar que hasta el día no se nos ha ocurrido jamás registrar el bolsillo ajeno, ni forzar una cerradura, ni siquiera ojear, por distracción, la gabela de nuestro padre; sin embargo, como se nos escapan algunas veces de los labios, aun sin querer, palabras de doble sentido, que se llaman generalmente *Calembours*, debemos decir, en descargo de nuestra conciencia, que, según afirma el doctor Johnson, todos los que abusan de este don concedido por la naturaleza, tienen una afinidad latente con los individuos que se entregan á la culpable industria de forzar una puerta, desvalijar á un viajero ó escamotear un pañuelo ó un reloj. Ignoramos el por qué, pero está probado, según la opinión del sábio, que en este mundo el individuo que tenga natural talento, gracia en el decir ó chiste en la palabra, debe ser un hombre no solo sospechoso, sino hasta temible. Pero dejando á un lado esta pequeña digresión, lo cierto es que los ladrones, no solo no nos inspiran el horror que el asesino, y otros perpetradores de horribles y repugnantes crímenes, sino que las más veces nos son hasta simpáticos.

Del mismo modo no podemos menos de reconocer, y con nosotros todos los hombres pensadores, que en el individuo que no respeta la propiedad ajena, se encuentran muchas veces cualidades superiores y hasta dignas de admiración. El talento, el genio y la audacia, son dotes que generalmente descuellan en estos seres degradados, que una mala educación ó un perverso instinto llegaron á estraviar en su camino lanzándoles al crimen; pero si registramos con exactitud los anales de la historia de los ladrones de todas las épocas y de todos los países, hallaremos en ellos pruebas de la más grande generosidad, así como rasgos característicos de los mejores instintos de la raza humana.

Puede decirse de esta desdichada clase lo que un célebre orador á los habitantes de una ciudad de la Grecia: «*Tienen su historia, y positivamente no la han robado á nadie.*»

Un poeta de la antigüedad, el grande Homero, refiriendo en sus bellísimas obras algunas de las más interesantes tradiciones de la Grecia, se entretiene en contar muchos rasgos de audacia y de talento de un famoso ladrón de ganado. El célebre poeta rinde al genio de este bandido el más grande homenaje de su admiración, llamándole *hijo de Zeus*, que entre los griegos significaba una gran distinción. Herodoto refiere también, en simple prosa, varias anécdotas curiosísimas respecto á los ladrones, y según nuestra opinión la mejor de todas es la que vamos á transcribir aquí, abreviándola cuanto nos sea posible.

«Los sacerdotes me han contado, dice Herodoto, que el rey Rhampasinitas poseía tan rico tesoro que ninguno de los monarcas conocidos pudieron igualarle en magnificencia. Para ponerlo al abrigo de los ladrones, ideó construir una habitación completamente de piedra, contigua á su palacio, en la que las paredes, techo y piso eran de un espesor extraordinario. Pero el arquitecto encargado de la obra, que conforme trabajaba en ella iba comprendiendo el objeto á que se destinaba, se arregló de manera que una de las piedras que correspondían á la parte exterior, por medio de un mecanismo ingeniosamente concebido y mejor ejecutado, pudiera girar sobre sí misma á la sola presión de una mano hábil y por una persona enterada del secreto.

(Se continuará.)

J. BELZA.

LABRADORAS DEL CAMPO DE ROMA.

¡Italia! ¡Italia! ¡País de la belleza, patria de todo lo pintoresco! ¡Cuán hermosas son esas tres mujeres que aparecen en el grabado de la página 260! ¡Qué actitud tan artística la suya! ¡Cualquiera diría que son las tres gracias que han descendido de su pedestal para descansar un momento de la solemnidad del Olimpo! Algunos escépticos dirán tal vez que las mujeres del campo de Italia son ni más ni menos que las campesinas de nuestro país ó de otro país cualquiera; tostado su cutis por el sol, sus manos encallecidas por el trabajo y su cabeza inclinada sobre la tierra, que abundantemente riegan con el sudor de su frente. Estas mismas personas reclamarán para las mujeres del campo gruesos zuecos de madera, sayas desgarradas, brazos curtidos por los rayos de un sol ardiente, y es positivo que al fijar sus ojos en las tres bellas jóvenes que aparecen en nuestro grabado, una sonrisa de incredulidad vagará por sus labios.

Dejémosles reír y razonar como mejor les parezca; por nuestra parte, aunque debiésemos ser víctimas de una cruel desilusión, si algun día somos bastante dichosos que podamos visitar la Italia, acariciemos hasta entonces tan bello ideal, abandonándonos á las delicias de la leyenda.

Solucion del geroglífico del número anterior.

Los grandes y los buenos pensamientos salen del corazón.

AVISO.

Varios de nuestros suscritores nos preguntan si tenemos colecciones completas, y debemos advertirles que para complacer á nuestros favorecedores, hemos hecho una nueva tirada de algunos números que faltaban, lo que ponemos en conocimiento de aquellos que lo desean.

Solo se servirá todo pedido que venga acompañado del importe en sellos de correos, ó en libranzas.

Propietario y editor responsable, PEDRO AUGUSTO LABARTHE.
MADRID: 1865.—Imprenta de R. LABAJOS, Cabeza, 12, principal.

EL GENERAL COUSIN-MONTAUBAN,

CONDE DE POLIKAO.

El general Cousin-Montauban nació en París en junio de 1796. Otras muchas publicaciones del género de la nuestra dieron ya la biografía del heroico comandante de la campaña de China, por lo cual nosotros nos limitamos á ofrecer hoy su retrato, acompañándolo con muy ligeras palabras. La Argelia le ha visto conquistar todos sus grados; más tarde, cuando la toma de Pekin, el general recibió el título de conde de Polikao. Al cabo de algun tiempo ocupó un asiento en el Senado, y en el día la justa confianza del emperador le ha llamado al mando del cuarto cuerpo de ejército en Lyon, cuyo puesto corresponde á un mariscal de Francia, y es la honrosa herencia del mariscal Canrobert.

El general Cousin es una de las primeras notabilidades militares del ejército francés; reúne á su bravura y serenidad en los peligros un claro talento, una instruccion esmerada, una afabilidad natural y franca para con todo el mundo, que le hacen ser apreciado y querido de todos aquellos que tienen la dicha de conocerle y tratarle, captándose por esta razon la voluntad de propios y de estraños. En China ha dejado recuerdos imperecederos, tanto de su energia como de su bondadoso corazon. Terrible en el combate, fué siempre



EL GENERAL COUSIN-MONTAUBAN.

clemente y humano con el vencido, del mismo modo que severo en el cumplimiento de sus deberes de soldado, no economizó jamás su sangre cuando la patria tuvo necesidad de ella. Tal es el general Cousin-Montauban, conde de Polikao.

QUIMPER.

Esta villa, que cuenta unos diez mil habitantes, se halla situada en la confluencia del Odet y de la Steyr á catorce kilómetros del Océano. Su puerto es bastante cómodo. La antigua *Corisipitum civitas* fué llamada primero Quimper-odet y despues Quimper-corentiun, tomando este nombre de su primer obispo: sufrió varios sitios de los ingleses.

En 1345 Carlos de Blois ejerció en la poblacion atroces crueldades. Despues del asesinato de Enrique III, Quimper se declaró en favor del duque de Mercour y en 1593 se sometió á Enrique IV.

Quimper es hoy dia capital del departamento de Finisterre. Es el punto casi extremo de este interesante país de la Bretaña, en que las costumbres y los trajes pintorescos de sus habitantes van muy pronto á desaparecer y á perderse en la uniformidad de la civilizacion moderna, con gran sentimiento de los artistas y viajeros que se deciden á visitar tan hemoso país.

MAURMELON EL GRANDE.

Mourmelon el Grande, cuyo grabado ofrecemos hoy á nuestros suscritores, es una pequeña aldea, ó más bien una especie de barriada, próxima al campo de Chalons, y donde los soldados del ejército francés, acantonados en este campo de maniobras, van á disfrutar en los momentos de reposo, que les dejan sus marciales fatigas, de los placeres que proporcionan la mesa, el vino y el amor.

A ciertas horas, la animacion que en este sitio se

observa es extraordinaria; actividad, movimiento y animacion, que sorprenderia mucho á los pacíficos habitantes de las ciudades, si no supiesen de antemano que los soldados son generalmente tan bravos en la guerra, como alegres y buenos chicos en tiempo de paz.

Cafés, restaurants, tabernas, estancos de tabacos, tiendas de mercería, salchichería, etc., constituyen en su mayor parte este barrio, que á cualquier hora del dia ó de la noche presenta un golpe de vista original y caprichoso, y en el que no faltan sus teatritos, don-

de artistas de segundo ó tercer orden, pero que no carecen de mérito, lucen sus habilidades y talentos. Pero cuando el cuadro toma mayor vida, cuando se halla en el completo apogeo de su entonacion es en los dias de fiesta, ó en los que el emperador y las personas invitadas por S. M. van á presenciar las maniobras del campo de Chalons. Caballos, trenes, ómnibus, carruajes de todas clases afluyen allí, atestados de gente, y aquella estensa llanura presenta un panorama tan difícil de describir, como curioso de ver y admirar.



MAURMELON EL GRANDE.